

# Maravall y el «saber histórico»

**E**n julio de 1987, la Fundación Sánchez Albornoz, en Ávila, me pidió que pronunciara la conferencia de clausura de su curso de verano; escogí como tema: *Pensar históricamente*.

Esta fue para mí la ocasión de precisar lo que, en mi opinión, por encima de los diferentes puntos de vista sobre tal episodio o sobre cual método de análisis, nos aproxima a los historiadores y nos distingue de otra clase de pensadores: literatos o artistas, filósofos o sabios, sin excluir, entre estos últimos, aquéllos que practican ciencias «humanas» o «sociales», a poco que olviden *situar su materia en el tiempo*.

Me complace recordar, en esta ocasión, una sesión del Ateneo Iberoamericano de París, donde don Claudio Sánchez Albornoz, proponiéndose definir los principios del método histórico, no cesó, sin nombrarme pero mirándome a menudo con una cierta sonrisa, de señalar todo lo que nos separaba, sea sobre un determinado aspecto del pasado español, sea sobre las reservas, y aún el horror, que le inspiraba el «materialismo histórico» dentro del cual (él lo sabía bien) yo no me negaba a ser incluido.

Don Claudio se divertía mucho con este monodílogo. También me divertía yo, tanto más que a excepción de algunos, el auditorio captaba mal el carácter alusivo. Después, el orador y yo fuimos a compartir una comida confortable y bien rociada. Para constatar cuán poco contaban nuestras diferencias no solamente frente a nuestra vieja amistad, sino de cara a nuestra común condena de construcciones literarias mal apoyadas históricamente, de meditaciones filosóficas poco cuidadosas del tiempo, de razonamientos teóricos aplicados sin precaución a sociedades diferentes. Hay varias maneras de «pensar históricamente»; ellas concuerdan rápidamente ante las formas de pensamiento «a-históricas» o «anti-históricas», hagan o no profesión de serlo.

Yo debía, en Ávila, evocar este encuentro con don Claudio. Si me permito recordarlo aquí, es porque mis contactos con José Antonio Maravall se han parecido a menudo. Las circunstancias no han querido que entre él y yo se hayan contraído relaciones personales tan largas y continuas como las que me unían a don Claudio. Pero esta suerte de *complicidad intelectual*, de *solidaridades de método*, más llenas de sentido que tal divergen-

cia sobre una interpretación o tal diferencia sobre principios, tengo la impresión de que han existido entre Maravall y yo desde que nos conocimos bastante para constatar nuestras comunes exigencias: evocar las sociedades *globalmente* y siempre *re-situárlas en el tiempo*. Si lo hace, el historiador más que juzgar, *comprende*. No se prohíbe, ante diversos aspectos del pasado, sentirse aquí más indiferente, allá más solidario. Pero, en este caso, *él sabe por qué*. Porque no ignora que él mismo está en la Historia.

Así, aquí también, el recuerdo que se me impone es el de un encuentro. La primera vez que realmente tuve la ocasión de discutir historia con J. A. Maravall. De discutir públicamente, y hasta oficialmente, y en una ocasión unida, de cierta manera, a las circunstancias históricas de nuestros dos países. Fue en el curso de los primeros años sesenta. La UNESCO, con la que Maravall mantenía relaciones constantes, organizaba entonces (no sé si aún lo hace) encuentros llamados «bilaterales» entre historiadores de dos países, para que procedieran a una revisión crítica de sus manuales de Historia. Se sabe que las distintas formaciones históricas (sobre todo las grandes) se han encontrado forzosamente, en un momento de la Historia, por lo menos en competencia entre ellas, cuando no, a menudo, en conflictos armados. Queda siempre algo de ello en la forma en que los manuales de Historia de cada país presentan el pasado de otros conjuntos históricos, vecinos o lejanos. Imágenes infantiles y «estereotipos nacionales», ¡qué de prejuicios, qué de juicios superficiales podrían ser combatidos útilmente, al menos matizados, por una sólida educación histórica en cada nivel de enseñanza! En principio, pues, la iniciativa de la UNESCO en favor de encuentros «bilaterales» entre historiadores, para proceder, en este dominio, a serios exámenes de conciencia, me inspiraba una gran simpatía. Y también algunas inquietudes. En un encuentro franco-alemán, yo me había colocado de buena gana al lado de un joven historiador alemán que exclamaba: «Pero ¿en una palabra? ¿qué se nos quiere hacer decir? ¿olvida un poco a mi Napoleón, y yo olvidaré un poco a tu Hitler?» Ahí, en efecto, estaría el peligro: el historiador no tiene que ocultar los episodios molestos del pasado; debe analizarlos *como fenómenos*, en sus orígenes, en sus raíces, que no son «el orgullo español», «la pretensión francesa» o «la brutalidad alemana», sino las mil circunstancias que han conducido a los estados, las potencias (y no los «pueblos»), a convertirse en *invasores*, en *ocupantes*. «Explicar» no es «justificar», «comprender» no es «disculpar»; pero un punto de vista histórico justo de componentes complejos evita los juicios apresurados sobre entidades mal conceptualizadas. En los primeros años sesenta, entre una Francia aún traumatizada por la guerra de Argelia y una España aún sometida durante años a una ideología nacional oficial, un diálogo de historiadores sobre el pasado contado a niños y jóvenes ¿era útil, era posible? J. A. Maravall debía pensarlo, puesto que presidió una «comisión bilateral» según el modelo inspirado por la UNESCO. Yo no asistí a su primera reunión. El hispanista elegido en principio para tomar parte en la comisión francesa había sido Henri Lapeyre, excelente analista del comercio español en Nantes y de la expulsión de los moriscos. Una circunstancia le hizo dejar de lado la segunda reunión, que no es muy indiscreto recordar hoy; en Madrid, había creído poder, a título privado, hacer una visita al generala Salan, exilado después de su intento de *putsch* en Argelia; las autoridades diplomáticas se ofendieron y el presidente de la delegación francesa (un viejo gaullista), debiendo reemplazar a Lapeyre de im-

proviso, me llamó a mí. La paradoja era que mi pequeña *Historia de España*, que podía ser una referencia para los «manuales», si no se levantaba objeción mayor entre los historiadores españoles, ¡estaba aún, en principio, prohibida en su territorio!

J. A. Maravall no opuso ninguna objeción a mi presencia. Estaba rodeado de los mejores historiadores españoles (¡nada menos, si mis recuerdos no me engañan, que de Antonio Domínguez Ortiz, Felipe Ruiz Martín y Miguel Artola!); pero ellos le dejaron de buena gana la dirección de los debates. Estando la delegación francesa compuesta sobre todo de autores de manuales poco familiares con la Historia (e incluso con la lengua) española, el diálogo acabó por establecerse sobre todo entre Maravall y yo. Encontré en ello un placer extremo. Sin duda porque ni él ni yo estábamos particularmente orgullosos de nuestros manuales nacionales respectivos, la discusión dio la impresión, más de una vez, de que los roles parecieron invertirse: yo denuncié el imperdonable silencio de los manuales franceses sobre el papel de España en Europa y en el mundo (¡incluso en el siglo XVI!); y si Maravall encontraba que se hablaba demasiado de Francia en los manuales españoles, ¡era porque se exageraban las influencias globalmente diabólicas prestadas a la ideas francesas! En ocasiones, desde luego, nos divirtió atacarnos: cuando sugirió que los manuales franceses no debían ignorar a Bartolomé de las Casas, yo le pregunté si, citándole, no se arriesgaba empañar algo la imagen de los conquistadores españoles; y cuando afirmó su admiración por Felipe V, yo le dije: «¡Creo que usted es de Játiva!». A la inversa, me preguntó él si no había demasiados nombres españoles entre las victorias inmortalizadas en las bóvedas del Arco de Triunfo. Yo se lo reconocí gustoso. Como no nos hacíamos demasiadas ilusiones sobre los resultados efectivos de nuestras buenas resoluciones, sucedió que resultó difícil no mirarnos sin reírnos. Pero, al fin de nuestro encuentro, nos confesamos la recíproca alegría que habíamos experimentado al conocernos mejor. Fue en esta ocasión cuando me dedicó un ejemplar de su *Teoría del saber histórico*. Me interesó profundamente. Yo había señalado, en 1960, la extraordinaria floración de obras del decenio de 1950 consagradas a los problemas filosóficos planteados por la existencia misma de la Historia como disciplina.

Ahora bien, yo había ignorado (siento una vergüenza retrospectiva) que un historiador español del que conocía bastante bien su obra investigadora se había asegurado un buen lugar en este capítulo de la vida intelectual de nuestro tiempo que constituye la reflexión sobre la epistemología de la Historia.

En 1963, al ingresar J. A. Maravall en la Real Academia Española de la Historia, el P. Batllori señaló que en 1958, en el inmenso coro de voces que trataba filosóficamente problemas de la Historia, Maravall había hecho oír (una vez no es costumbre) *una voz de historiador*. Esto no significa que sea necesario encontrar en él a un «filósofo de la Historia» entre tantos otros. Pienso, al contrario, que ha sido uno de los que han rechazado más enérgicamente la ida de una *filosofía de la Historia*. Pero no nos reexpedía por esto al positivismo estrecho que limitaba el método del historiador al establecimiento del *pequeño hecho verdadero*. Ahora bien, en Francia, se ha llegado a que aquéllos que han denunciado y combatido este positivismo estrecho, han sido igualmente desafiantes hacia toda consideración de tipo filosófico demasiado evidentemente extraña a su experiencia concreta de historiadores. Lucien Febvre prefería a toda *teoría* los simples «problemas»;

y se ha llegado con Pierre Chaunu a llamar a la epistemología *jesta mórbida Capua!* En España, sin embargo, la persistente influencia de Ortega no autorizaba apenas tales desdenes. Por esto la *Teoría del saber histórico* testimonia en primer lugar un conocimiento profundo del pensamiento alemán acerca de la Historia, donde filósofos, sociólogos e historiadores, se encuentran asociados.

Un primer resultado de esta perfecta iniciación en el pensamiento alemán ha sido librar a Maravall de toda timidez reverencial hacia la obra de Raymond Aron, a menudo demasiado considerada en Francia, desde 1938, como la última palabra de las reflexiones sobre la *causalidad histórica*. De hecho, Aron no aporta de la Historia más que una definición elaborada en Alemania alrededor de 1880... y por lo demás perfectamente aceptada en Francia por la misma fecha. Maravall, en su *Teoría*, sólo se refiere dos veces a Raymond Aron, una para reconocer honestamente su perfecto conocimiento del pensamiento alemán, otra para preferir a la condena por Aron de toda eventual generalización de un tipo humano concretamente observado, la aceptación de una tal generalización por el más positivista de los historiadores franceses de principios de siglo, Gustave Monod.

Pero es en un nivel más elevado de epistemología general donde Maravall, contrariamente a Raymond Aron, defiende la legitimidad de una *ciencia histórica* a constituir. Nuestro siglo XX ha revisado singularmente, por el campo científico en su conjunto, las nociones consideradas como valederas hacia 1880. La relatividad, las «ecuaciones de indeterminación», la intervención del observador en el seno mismo de la observación, las interpretaciones estadísticas y probabilistas en todos los dominios, nos obligan a mirar de otra manera que hace cien años los conceptos de «causa» y de «ley». Claro que esto puede abrir la puerta a toda clase de indeterminismos eventualmente discutibles. Pero es forzoso constatar que si nosotros no sabemos apenas de dónde viene nuestro universo, adónde va, y en qué tipo de temporalidad conviene pensar los diversos fenómenos, queda que *intervenimos en estos fenómenos*, e incluso a un nivel bastante elevado para volverse inquietante. ¿Por qué? Porque hemos *comprendido* bastante algunos mecanismos para utilizar, o modificar, el funcionamiento. ¿Por qué no sería lo mismo en un conjunto que nos es particularmente próximo, el de los *fenómenos humanos* (el obstáculo más grande sería aquí sin duda el que estaríamos demasiado interesados)? De cualquier forma, la *historicización* creciente de todo objeto de ciencia vuelve bien caducas las objeciones poco corrientes en contra de la *cientificación* del objeto histórico bajo el pretexto de que se trata de un objeto humano.

Sobre estos temas, Raymond Aron, en 1938, se había entregado a una pirueta intelectual, cuya aceptación demasiado persistente me complugue en denunciar, en 1960:

La misma diferencia de tamaño, a la inversa, que separa al físico del electrón separa al historiador de su objeto. A medida que se eleva le resulta más difícil aprehender lo real.

Así, por una inversión puramente gratuita, so pretexto de que el físico fue eficaz primero manejando las macroestructuras, al historiador se le ruega que se atenga al establecimiento del «pequeño hecho verdadero». Ante una explosión histórica de gran tamaño, por ejemplo, Aron asigna al historiador la búsqueda de la «cerilla del fumador», no la medida de la fuerza de expansión de los gases. Quizás esto sea una simple cuestión de definición: